

La mujer en la vida nacional: tres revoluciones recientes 1970-2005

Cecilia López M.¹

I. INTRODUCCIÓN

La sociedad colombiana está aún lejos de lograr reducir, de manera significativa, las diferencias inexplicables e injustas entre hombres y mujeres, pilar fundamental para avanzar en lo que debería ser la gran meta del país: la equidad social, que empieza sin duda por la equidad de género. Con el objeto de contribuir a la comprensión de los procesos que las colombianas han seguido a través del tiempo, análisis que permitirá identificar más claramente las barreras que aún limitan su desempeño en condiciones más igualitarias, se presentan en este artículo las tres grandes revoluciones que las mujeres han protagonizado desde principios del siglo XX hasta hoy. Parodiando a Stephan Zweig, se trata de analizar estos cambios en los últimos 35 años de la vida de la mujer colombiana, que coinciden con el aniversario de Fedesarrollo, que se celebra a través de

muchos eventos y de este número especial de Coyuntura Económica.

Tres son las grandes revoluciones que la mujer colombiana ha protagonizado, que por razones no muy claras no han sido suficientemente identificadas: la revolución educativa, que hoy se traduce en haber aventajado a los hombres en la educación promedio alcanzada; la revolución demográfica, que permitió una de las reducciones más aceleradas de la tasa de crecimiento de la población en los países en desarrollo; y la revolución laboral, que se ha traducido en tasas de participación en el mercado de trabajo mayores al promedio de América Latina. Una mirada a estos tres procesos y la identificación de la revolución que falta, el acceso a los máximos niveles de poder político, es el objeto de este artículo.

II. LA REVOLUCIÓN EDUCATIVA

Si alguien ha valorado la educación como elemento liberalizador ha sido la mujer colombiana. Este proceso se viene presentando desde tiempo atrás pero se ha consolidado en los últimos treinta y cin-

¹ Actualmente es pre-candidata a la Presidencia de la República. Estuvo vinculada a Fedesarrollo como parte del equipo de Coyuntura Económica y como Investigadora durante el periodo 1972-1976.

co años. Mujeres colombianas profesionales se han destacado desde tiempos remotos, pero cohortes de mujeres entrando de manera masiva a los diversos niveles educativos y en particular a la universidad, es un fenómeno que para muchos expertos se inicia en la mitad de los años sesenta. Esta revolución educativa se evidencia en todos los indicadores que confirman cómo las mujeres están superando a los hombres en cuanto a formación académica. Hoy es evidente que las mujeres superan en años de educación a los hombres en todos los grupos de edad y esta brecha, lejos de cerrarse, se seguirá ampliando ya que las mayores diferencias en años de escolaridad se encuentran en los grupos de población más joven. Las mujeres de 15 a 24 años tienen en el 2003, 9 años de escolaridad promedio mientras los hombres en esta edad solo alcanzan los 8 años. Como hecho destacable debe anotarse que las mujeres rurales también muestran niveles de educación superiores a los hombres y esto sucede aún cuando se mantienen las grandes diferencias urbano rurales.

Algo similar sucede cuando se analizan los datos de alfabetismo. Durante los últimos 35 años el país ha reducido de manera significativa sus niveles de analfabetismo, al pasar de 18,5% en 1973 a 7,6% en el 2003. Al desagregar por género estos indicadores, de nuevo es evidente que el grupo más dinámico ha sido el constituido por las mujeres. Mientras en 1973, la tasa de analfabetismo femenino era 19,4% y la de los hombres 17,6%, actualmente dicha proporción es muy inferior a la de los hombres, particularmente entre las generaciones más jóvenes: en el grupo de edad 15-24 años solo el 1,81% de las mujeres clasifican como analfabetas mientras la proporción de hombres es de 2,97%. Esta diferencia se mantiene pero disminuye en los grupos de mayor edad: para aquellos entre 15 y 40 años el analfabetismo masculino es de 3,86% y el femenino de 3,00% (DNP, 2005). Como dato intere-

sante y en contra de lo que podría esperarse por la prevalencia de valores patriarcales, en el sector rural son también las mujeres las menos afectadas por dicho flagelo: entre los jóvenes, el 4,27% de las mujeres es analfabeta mientras la cifra para los hombres es de 7,79%. Para el conjunto de los mayores de 15 años, las cifras, extremadamente preocupantes, son de nuevo inferiores en el caso de la población femenina: 16,32% para los hombres frente a 14,38% para las mujeres.

Una mayor cobertura y una asistencia más alta, que supera la de los hombres en los diversos niveles, son algunos de los factores que explican la dinámica de la revolución educativa que han generado las mujeres colombianas. Sin embargo, una hipótesis que podría plantearse es que este comportamiento obedece a que las mujeres, sometidas aún a valores patriarcales, han encontrado en la educación mayores grados de libertad y mayor dignidad. Para muchos expertos, la mujer ha identificado claramente que en muchas ocasiones es mejor el ambiente de la escuela que el del hogar, donde probablemente su función se limita a las labores de cuidado no remunerado. Dignidad, puede ser la otra gran conquista, en la medida en que con educación formal, las mujeres ganan lo que Amartya Sen denomina *Agencia*, es decir, voz, espacio para participar en la unidad familiar y en la sociedad como un todo (Sen, 1999).

III. LA REVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA

Sin negar la importancia de las otras revoluciones, la de mayores consecuencias para el desarrollo nacional ha sido, sin la menor duda, la demográfica. Se inicia en la década de los sesenta cuando el país tenía una tasa de crecimiento poblacional del 3,2% hasta llegar actualmente a 1,6%; cambios que se hicieron a pesar de la Iglesia Católica y, sobretudo, a pesar de los hombres. La tasa de fecundidad bajó

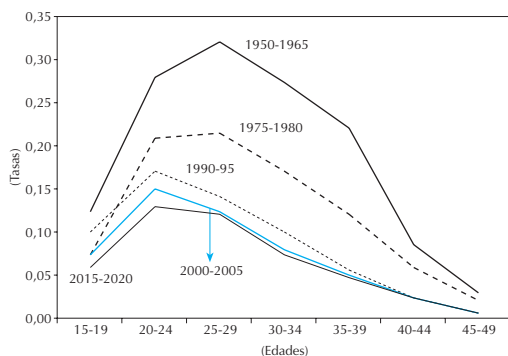
de 6,8 en el período 1950-1965, a 2,6 en el período 2000-2005, un descenso que cambió el perfil demográfico del país. En menos de cincuenta años, las mujeres colombianas redujeron a la mitad el número promedio de hijos que tienen. El Gráfico 1 señala la magnitud de esta transición demográfica en el país, una de las más aceleradas del mundo en desarrollo.

Una transición demográfica como la que ha vivido Colombia generalmente se asocia con innumerables cambios que generan beneficios para la familia, la sociedad y el desarrollo sostenible. Algunos de ellos, como mejoras en la mortalidad infantil, se han logrado en Colombia, mientras otros, como la reducción significativa en mortalidad materna, siguen siendo una meta deseada. En la medida en que se sigan expandiendo sus oportunidades educativas y económicas, se mejorarán las opciones de vida para la mujer, se reducirá la presión sobre el medio ambiente y los servicios públicos y la proporción de dependientes en la población, lo cual permitirá a las familias disponer de su ingreso para la adquisición de bienes y servicios y, en muchos casos,

incrementar el ahorro. En síntesis, la transición demográfica mejora la calidad de vida de la población, reporta beneficios económicos y facilita el desarrollo. Si las mujeres colombianas no hubieran inducido este cambio y las tasas de mortalidad y natalidad hubieran permanecido constantes, el crecimiento de la población sería del 3,2%, el número de habitantes sería de 63 millones y la presión sobre los recursos públicos sería de tal magnitud, que habría conducido a una mayor pobreza y desigualdad social de la que hoy tiene el país (DNP, 2005).

La menor fecundidad tuvo lugar tanto en las zonas urbanas como en las rurales, aunque en el campo este proceso se dio una década después. La composición etaria del país ha cambiado de forma rápida: en 1970 Colombia era un país joven, el 46% tenía menos de 15 años, y en 1990 esa proporción había descendido al 36%. Como sucede en el resto de la región, existen diferencias por género: como las mujeres tienen una expectativa de vida mayor, el peso de las personas mayores es más grande en la población femenina que en la masculina. Todos estos cambios señalan que Colombia se encuentra en una fase avanzada de su transición demográfica: el paso de una población joven y de rápido crecimiento a otra principalmente adulta y de crecimiento menor. Colombia se sitúa en el grupo de países latinoamericanos que tienen una mortalidad moderada o baja, así como una natalidad moderada en vías de ser baja (CELADE, 1992). La tasa de crecimiento de la población no es menor dada la elevada proporción de población en edad de procrear, como resultado de la extensa población infantil de la etapa anterior. Colombia comparte con Costa Rica el perfil de aquellos que están marcados por una drástica caída reciente de su fecundidad (CELADE, 1992).

Gráfico 1. COLOMBIA: EVOLUCIÓN DE LAS TASAS ESPECÍFICAS DE FECUNDIDAD 1950-2020

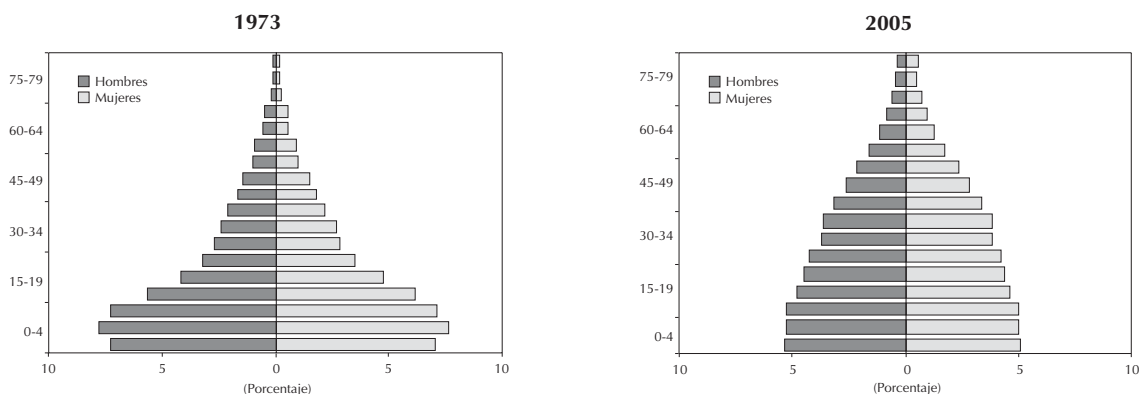


Fuente: DNP. Encuesta Nacional y Continua de Hogares. Cálculos DNP-DDS-SE con base en DANE.

Como se observa en el Gráfico 2, Colombia es cada vez más un país de adultos, aún no de viejos, y no

Gráfico 2

COLOMBIA: CADA VEZ MÁS UN PAÍS DE ADULTOS, AÚN NO DE VIEJOS



Fuente: DNP. Encuesta Nacional y Continua de Hogares. Cálculos DNP-DDS-SE con base en DANE.

se ha preparado para esta nueva realidad. Sin que todavía estén resueltas las necesidades de niños y de jóvenes, las políticas públicas y la sociedad en general, tienen que responder a las demandas específicas de la población económicamente activa, 15-65 años, y de los viejos, 65 años y más. Mientras los menores requieren construir capital humano, los adultos necesitan tener la posibilidad de ser productivos, de tener seguridad económica y seguridad social. Este sector de la población ejerce una presión fuerte sobre el mercado de trabajo, que coincide con la creciente participación laboral de la población femenina.

IV. LA REVOLUCIÓN LABORAL

Si la revolución demográfica cuyas autoras han sido fundamentalmente las mujeres, cambió el perfil de la sociedad colombiana, algo similar puede afirmarse sobre la revolución laboral de las colombianas. Entre la década de los setenta y los inicios de los noventa se da el gran salto en la tasa de participación femenina en el mercado de trabajo, se estabiliza durante los noventa y a finales de esta década vuelve a mostrar una tendencia ascendente. De

esta manera se pasa de tasas cercanas al 30% en los setenta a niveles superiores al 50% en los inicios del siglo XXI (DNP, 2000 y DANE, 2005). Colombia tiene la segunda tasa de participación más alta de las mujeres urbanas en la actividad económica en América Latina, 57%, junto con Bolivia y Paraguay, solo superada por Guatemala, que alcanza el 58% (OPS, 2004). Este comportamiento de la actividad laboral de las mujeres no ha sido solamente urbano sino que se reproduce en el área rural, siguiendo un patrón similar. A su vez, los hombres en las últimas décadas mantienen sus tasas de participación laboral alrededor del 70% pero con una marcada tendencia a la baja, particularmente en los últimos años.

De acuerdo con análisis recientes, los determinantes negativos que afectaban la participación laboral de las mujeres se han debilitado y los factores positivos se han fortalecido. Sin duda han influido factores como el incremento de los divorcios, el descenso de las tasas de fecundidad y la existencia en muchos países de normas antidiscriminación. Pero el más importante, sin duda, ha sido el cambio en la naturaleza de los mercados de trabajo. El concepto de la mano de obra asalariada de tiempo com-

pleto ha sido sustituido por un patrón diverso, caracterizado por la informalización del empleo, a través de la mano de obra contratada por tiempo parcial, que trabaja en el hogar y cuyo elemento común es la desprotección de regulaciones laborales. Tradicionalmente, las actividades económicas informales se daban solo como mecanismos de supervivencia para los pobres urbanos y rurales; en años recientes, tanto en países industrializados como en aquellos en vía de serlo, se ha dado una tendencia en la cual aun las grandes empresas han informalizado sus procesos laborales (Standing, 1999).

En términos de participación laboral, Colombia no se aparta del patrón mundial. Durante los últimos 30 años, la tendencia en el mundo ha sido el incremento en la tasa de participación laboral femenina mientras que la participación masculina ha decrecido. Estudios de la OIT, con información disponible sobre las tasas de trabajo femenino remunerado, anotan que en un 51% de los países en desarrollo ésta ha crecido mientras la masculina se ha reducido. En no menos del 74% de estos países la tasa femenina se incrementó mientras en el 66% la tasa masculina descendió. Esta divergencia es aún mayor en los países desarrollados, donde la participación masculina cae en el 95% de los casos. Se están reduciendo además, de manera considerable, las diferencias entre las tasas de hombres y mujeres. Es evidente que se está dando un fuerte cambio en la división del trabajo por género y se sugiere que la entrada masiva de las mujeres a la actividad remunerada ha sido mucho más que simple sustitución del trabajo masculino. Como cambio radical, se identifica una permanencia de las mujeres en la fuerza laboral hasta edades muy avanzadas. (Standing, 1999).

La pregunta que surge es por qué en Colombia la feminización del mercado laboral solo se ha dado

parcialmente, dado que se frena a la hora de encontrar puestos de trabajo. Es necesario explorar más las causas, pero una posible explicación nace del hecho de que Colombia, a diferencia de países como México y muchos centroamericanos, ha tenido otro tipo de inversión extranjera y no aquella asociada a la maquila, que ha generado abundante trabajo para las mujeres pero en condiciones muy precarias. No obstante, las mujeres colombianas siguen concentrándose en el sector servicios mientras los hombres conservan una menor participación en este tipo de actividades (DANE, 2005).

Esta revolución laboral de las mujeres en Colombia, que se expresa por la mayor participación femenina en la actividad productiva, no solo les exige más esfuerzos que a los hombres en términos de formación académica sino que, a su vez, no representa las mismas oportunidades. Al analizar la escolaridad promedio de la población económicamente activa colombiana, es evidente que la fuerza de trabajo femenina tiene más educación que la masculina, tanto en el campo como en la ciudad. Ya en 1999 la escolaridad promedio de las mujeres activas urbanas era 9 años mientras para los hombres era 8,4 años y esta diferencia es mayor en el campo, 5 y 4 años respectivamente (DNP, 2000). Así mismo, los niveles de desempleo femeninos continúan siendo muy superiores a los masculinos, especialmente desde finales de la década del noventa cuando empieza a crecer de manera significativa el desempleo (DNP, 2000). Para el 2005, las cifras arrojan una tasa de desempleo femenino urbano del 16% mientras el dato respectivo para los hombres es de 9%. A su vez, mientras los hombres aumentan su ocupación las mujeres pierden puestos de trabajo. En términos de informalidad, actualmente hombres y mujeres arrojan tasas de subempleo similares: 32,9% para hombres y 31,9% para mujeres (DANE, 2005). A lo anterior se agrega la discrimi-

nación salarial que no se observa en el sector público pero que sí es evidente en el sector privado, especialmente entre las mujeres casadas y en unión libre (Abadía, 2005).

El gran esfuerzo de la mujer colombiana por ser actora del desarrollo sin duda ha cambiado el perfil del mercado laboral del país, pero aún no ha logrado convertirse en el gran instrumento de equidad entre hombres y mujeres. La voluntad de las mujeres por educarse mejor las lanza a lo público y las saca del ámbito reproductivo que carece de remuneración, pero no logra vencer una serie de barreras que impiden alcanzar más puestos de trabajo. En términos de ocupación siguen predominando los hombres, lo que implica que la feminización laboral solo se ve en términos de la creciente participación laboral de las mujeres colombianas. En la medida en que la precarización del empleo continúe, es de esperar que las mujeres ocupen mayores plazas dado que ellas, más que los hombres, se someten más fácilmente a bajos salarios y condiciones laborales precarias (López, 2003).

V. REFLEXIÓN FINAL

Los treinta y cinco años en la vida de la mujer colombiana que comprenden el período entre 1970 y el 2005, se asocian con significativos cambios en la vida nacional. Son avances que han modificado a la sociedad colombiana en áreas críticas como la educación, el comportamiento de la población y la situación del mercado laboral. No obstante estos esfuerzos realizados por las colombianas, es un mito que Colombia se haya convertido ya en un país con equidad de género. Lo que probablemente sí es una realidad, es que el país está listo para pasar de la sola demanda por un mayor bienestar de las mujeres, a la etapa más avanzada de tener como objetivo lograr lo que Amartya Sen denomina la *Agencia*

de las mujeres (Sen, 1999). Es decir, llegó la hora, según palabras de Sen aplicadas al país, de que "las mujeres dejen de ser receptores pasivos de la ayuda destinada a mejorar su bienestar y sean vistas, tanto por los hombres como por ellas mismas, como agentes activos de cambio: como promotores dinámicos de transformaciones sociales que pueden alterar tanto la vida de las mujeres como la de los hombres" (Sen, 1999).

Sin duda, el mejor escenario para inducir estos procesos es el campo de la política, entendida como el espacio público donde se dirimen las contradicciones propias de una sociedad, donde se toman las grandes decisiones que cambian el rumbo de la sociedad y donde se necesita la contribución de los dos géneros para lograr una visión completa de la realidad nacional. En un reciente foro latinoamericano sobre la mujer y el poder político² se definía la limitada participación de las mujeres en la región en estas altas esferas del poder, como un "déficit democrático". Colombia no es una excepción. Solo dos datos para corroborar esta afirmación: el Senado y la Cámara de Representantes muestran una tendencia decreciente de la participación de las mujeres frente al comportamiento en elecciones anteriores, en las que en ningún caso se ha superado el 12% y dado el número de mujeres congresistas, Colombia se ubica en el puesto 68 en la escala mundial que mide ese indicador de participación.

Es decir, la democracia colombiana es incompleta en la medida en que no ha logrado incorporar adecuadamente a la mujer en el ámbito del ejercicio de la política (López, 2005). No solo en Colombia

² Dicho foro, "La mujer y el poder en la política", se realizó en Montevideo el 19 de agosto de 2005 con la presencia de mujeres líderes políticas de América Latina.

sino en América Latina, para no mencionar las otras regiones del mundo, crece de manera significativa la demanda para que las mujeres pasen del tema de su bienestar al ámbito del acceso al poder político.

Esta es la revolución que hace falta, proceso que necesita no solo de la decisión de las mujeres sino del convencimiento de los hombres y, en general, de toda la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Abadía, Luz Karime (2005), "Discriminación salarial por sexo en Colombia: un análisis desde la discriminación estadística". *Documentos de Economía*. Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Mayo.
- CELADE (1992). *Boletín demográfico*. Año 25. No. 49. Santiago de Chile.
- DANE (2005). *Encuesta Continua de Hogares - Mercado laboral por sexo*. 2004-2005. Julio.
- DNP (2000), "Educación y fuerza de trabajo". *Sistema de indicadores sociodemográficos para Colombia*. Boletín No. 27. Bogotá.
- DNP (2005). Cálculos DNP -Dirección de Desarrollo Social- Subdirección de Educación; con base en DNP.
- López, Cecilia (2003), "Desafíos conceptuales entre género y macroeconomía". *Mimeo*. Documento preparado para la CEPAL, Unidad de Género.
- López, Cecilia (2005). "Introducción". *Participación política de la mujer en Colombia*. Ed. Lina María Arango, Fresia Guacaneme. GTZ-FESCOL. Bogotá.
- OPS (2004), "Desigualdades socioeconómicas entre mujeres y hombres en América Latina". Unidad de Género y Salud. Washington.
- Sen, Amartya (1999), "Desarrollo y Libertad". Barcelona. Ed. Planeta. 440 pp.
- Standing, Guy (1999), "Global Feminization Through Flexible Labor: Theme Revisited". *U.O. World Development*. Vol. 27 No. 3 Elsevier Ltd. Ginebra.